



Cuadernos LIRICO

Revista de la red interuniversitaria de estudios sobre las literaturas rioplatenses contemporáneas en Francia

4 | 2008
Quimeras

Los psicoanalistas y la crisis, la crisis del psicoanálisis

Mariano Ben Plotkin y Sergio E. Visacovsky



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/lirico/462>

DOI: 10.4000/lirico.462

ISSN: 2262-8339

Editor

Réseau interuniversitaire d'étude des littératures contemporaines du Río de la Plata

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 enero 2008

Paginación: 149-163

ISBN: 2-9525448-3-2

ISSN: 2263-2158

Referencia electrónica

Mariano Ben Plotkin y Sergio E. Visacovsky, « Los psicoanalistas y la crisis, la crisis del psicoanálisis », *Cahiers de LI.RI.CO* [En línea], 4 | 2008, Puesto en línea el 01 julio 2012, consultado el 19 abril 2019.

URL : <http://journals.openedition.org/lirico/462> ; DOI : 10.4000/lirico.462



Cuadernos LIRICO está distribuido bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

Los psicoanalistas y la crisis, la crisis del psicoanálisis¹

MARIANO BEN PLOTKIN Y SERGIO E. VISACOVSKY
IDES/CONICET

La difusión de la vertiente «lacaniana» del psicoanálisis y su relativa masificación fuera de Francia ha sido un fenómeno fundamentalmente latinoamericano y, en particular, argentino. Mientras en países como Inglaterra o los Estados Unidos la recepción de las teorías de Lacan se ha dado sobre todo en ámbitos académicos (departamentos universitarios de literatura comparada), en la Argentina, donde surgió hacia fines de los años 60 se ha convertido, a partir de la década de 1980, en la versión dominante del psicoanálisis.

El ingreso del lacanismo en la Argentina ha tenido profundas consecuencias dentro de lo que podríamos caracterizar como el «campo psi» local. Es que a diferencia de los psicoanalistas afiliados a las instituciones asociadas a la International Psychoanalytical Association (IPA), la mayoría de los lacanianos no provienen de la profesión médica y muchos de ellos no son tampoco psicólogos, sino que más bien su formación y actividad previa han estado vinculadas a las letras y a la filosofía. Esto, sumado a las características propias de la corriente lacaniana, cercana a la lingüística y al estructuralismo, favoreció el surgimiento de una nueva figura vinculada al psicoanálisis: la del «psicoanalista intelectual», menos aferrado a la dimensión puramente terapéutica del psicoanálisis, y más cercanos a las corrientes intelectuales en boga. Esta condición que, como veremos, fue utilizada en los tempranos 1970 para rescatar la autonomía y especificidad del saber psicoanalítico en un momento en que el campo cultural en general se hallaba profundamente politizado, fue reformulada treinta años más tarde, en una coyuntura

¹ El presente trabajo es una versión acortada y bastante modificada del artículo de nuestra autoría titulado «Saber y autoridad en las intervenciones de los psicoanalistas en torno a la crisis en la Argentina» publicado en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y El Caribe* 18:1 (Tel Aviv, 2007).

bien diferente, definida por una de las crisis más severas que vivió el país en su historia, para justificar una nueva posición del psicoanalista en la sociedad: la de profeta de la crisis. Por otro lado, la recepción y temprana difusión del lacanismo en la Argentina coincidió (y en parte fue facilitado) por la crisis que vivía a principio de los años 70 la institución que hasta entonces monopolizaba la práctica legítima del psicoanálisis: la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA).

Lo que nos interesa rescatar en este trabajo son las condiciones de recepción del lacanismo y, sobre todo, la concomitante aparición de este nuevo tipo de psicoanalista-intelectual a partir de la década de 1970; al mismo tiempo, quisiéramos presentar algunas proyecciones que tuvo esta peculiar modalidad de psicoanalista hacia el presente, sobre todo en relación con el lugar del discurso psicoanalítico-lacaniano y de sus portavoces autorizados frente a la crisis que vivió la Argentina en los años 2001-2002². En esa coyuntura particular, frente a la pérdida de legitimidad de otros saberes y discursos aceptados socialmente para dar cuenta de la realidad (economía y ciencias sociales en general), se generó una demanda, sobre todo desde los medios de difusión, que consolidó el lugar del psicoanalista como «intelectual», es decir, como aquel autorizado por la posesión de un capital simbólico a intervenir en cuestiones ajenas a su área directa de competencia profesional. Sin embargo, intentaremos mostrar que al habilitar espacios de difusión del discurso psicoanalítico sobre ella misma, la crisis del 2001-2003 puso en evidencia a través de las limitaciones de esos discursos, tensiones y rupturas, es decir, *una crisis existente dentro del propio campo psicoanalítico argentino*, crisis cuya existencia no era reconocida de manera unánime dentro del mismo.

Hacia fines de los años 1960 el psicoanálisis ya estaba muy consolidado en la Argentina como práctica terapéutica y como sistema de conocimientos y creencias. Por un lado la APA, afiliada a la IPA y creada en 1942 (la primera de estas asociaciones en América Latina), mantenía

² Como es sabido, hacia fines del 2001 la Argentina sufrió su más severa crisis de las últimas décadas. La misma se manifestó en un desastre económico sin precedentes, en la pérdida de legitimidad de los grupos gobernantes y de los políticos en general, y en una consiguiente crisis de representación que culminó con el escenario turbulento que eclosionó el 19 y 20 de diciembre, y que dejó como resultado una veintena de muertos y la caída del gobierno del radical Fernando de la Rúa. Se desencadenó así una crisis política y económica profunda, en las cuales la pérdida de confianza en los políticos y en la política tradicional se combinó con la protesta popular creciente y la aparición de algunas nuevas formas de debate y participación públicas.

un firme monopolio sobre la práctica legítima y hasta cierto punto legal del psicoanálisis. Pero al mismo tiempo, desde fines de los años 1950 se habían creado en diversas universidades públicas y privadas carreras de psicología que, como resultado de un proceso bastante complejo, habían adquirido en su gran mayoría una orientación profundamente psicoanalítica.³ En la Argentina y hasta el día de hoy, «psicología» es, en buena medida, sinónimo de «psicoanálisis». Los egresados de estas carreras (fundamentalmente mujeres), sin embargo, y a pesar de formarse con psicoanalistas miembros de la APA que en muchos casos eran sus profesores y terapeutas, y de practicar de manera más o menos ilegal el psicoanálisis, se veían excluidos de la pertenencia a la única asociación que otorgaba legitimidad a la práctica psicoanalítica, legitimidad basada en su participación en una red institucional transnacional firmemente establecida. Los psicólogos, sin embargo, cumplieron un papel fundamental en la ampliación del mundo «psi» de la Argentina.

Pero la difusión del psicoanálisis no se limitaba a su práctica clínica. Desde principios de los años 1960, intelectuales de izquierda no vinculada a los partidos tradicionales habían encontrado en lecturas del psicoanálisis una de las tantas herramientas hermenéuticas con las que esperaban contar para analizar la compleja y elusiva realidad social y, sobre todo, política post-peronista (o más bien «interperonista»), vivida como en una suerte de crisis permanente (aunque esto sea un oxímoron). Intelectuales tales como León Rozitchner, Oscar Masotta, Raúl Sciarreta y, en algún punto, el propio José Bleger, encontraban o intentaban encontrar en sus apropiaciones de la teoría freudiana los instrumentos analíticos necesarios para realizar análisis sociales, dando lugar a fructíferos debates entre psicoanálisis y psicoanalistas, por un lado, y ciencias y científicos sociales, por el otro.

La profundización de la crisis política y la politización general de la sociedad y la cultura de la Argentina post 1966 tuvieron consecuencias profundas en los ámbitos psicoanalíticos.⁴ En 1971 se produjo la gran crisis del psicoanálisis argentino, con la separación de dos grupos de

³ Ver, M. Plotkin, *Freud en las Pampas. Orígenes y desarrollo de una cultura psicoanalítica en la Argentina (1910-1983)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, cap. 6; y A. Dagfal, *Entre París y Buenos Aires: psicología, psicoanálisis y psiquiatría (1942-1966)*, Buenos Aires, Paidós, en prensa (2009)

⁴ Sobre el clima intelectual de los años sesenta, ver O. Terán, *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

analistas de la APA por motivos puramente políticos (la primera de estas escisiones en el mundo): los grupos Plataforma y Documento, cuyos miembros renunciaron no sólo a su afiliación a la APA, sino también a su rango en la IPA.

En ese momento, la crisis de la APA (y por extensión del psicoanálisis) fue vivida como parte de una crisis más aguda que vivía el país. «El conflicto que agita a la institución psicoanalítica» expresaba la revista cultural *Los Libros*, «parece ser un signo de la situación general que nos incluye a todos... los problemas que expone están vinculados al futuro de la cultura o sea al futuro político de todo el país»⁵. Lo que los disidentes intentaban hacer era rescatar la disciplina como una herramienta apta para ser puesta al servicio de la revolución por fuera de la institución oficial, a la que caracterizaban como portavoz de una forma burguesa de psicoanálisis. La intervención en la cosa pública propuesta por los analistas de Plataforma y Documento tenía que ver con un acercamiento del psicoanálisis al marxismo y con una práctica alternativa de la disciplina. Los psicoanalistas disidentes entraron en relaciones con intelectuales no psicoanalistas, a efectos de educarse en teoría marxista y otras corrientes en boga. Pero lo que ofrecían era su práctica y el involucrarse personal y políticamente con la causa revolucionaria. «El intelectualismo sólo será superado en la medida en que los psicoanalistas sean capaces no sólo de integrarse ellos mismos a otros intelectuales militantes, sino mezclarse con los sectores más explotados de la población para llevar a cabo juntos la lucha hasta el final», proclamaba el «plataformista» Hernán Kesselman.⁶ En otras palabras, desde el psicoanálisis no se ofrecían explicaciones ni soluciones a la situación que vivía el país, sino más bien se intentaba encontrar desde otras corrientes intelectuales soluciones y explicaciones a la crisis que vivía el psicoanálisis. Los psicoanalistas ofrecían su práctica al servicio de los sectores populares, al tiempo que buscaban ser aceptados en el universo de los intelectuales revolucionarios.

Frente a los «plataformistas» se ubicaron desde temprano los emergentes círculos lacanianos. Según una genealogía que se convirtió luego en canónica, el desarrollo del lacanismo en la Argentina se vincula a la figura de Oscar Masotta. Nacido en 1930, Masotta fue un intelectual

⁵ «En este número», *Los Libros* 3: 25 (marzo 1972), p. 2.

⁶ H. Kesselman, «Plataforma Internacional. Psicoanálisis y anti-imperialismo», *Nuevo Hombre* 1: 6 (agosto 1971), pp. 25-31.

polifacético, activo en numerosos círculos de vanguardia cultural (algunos de los cuales él mismo contribuyó a definir). En los años 1950 había estado asociado al grupo de intelectuales que publicaba la revista literaria-política *Contorno*, liderado por los hermanos David e Ismael Viñas. Por entonces Masotta se consideraba lector y traductor de Sartre. Según el «mito de origen» que él mismo se encargó de difundir como parte de su autobiografía, luego de una crisis personal que lo llevó a ser huésped en casa del psicoanalista Enrique Pichon Rivière, descubrió en la biblioteca de éste una colección de textos de Lacan, los que le produjeron una suerte de revelación. El antiguo sartreano se convirtió, así, en el nuevo lacaniano⁷. Desde luego, la transición fue mucho menos brusca de lo que él mismo se encargó de hacer creer luego. Lo interesante fue la manera en que este intelectual pudo reposicionarse dentro del campo intelectual argentino (relativamente pequeño y sobre todo muy fluido), reconvirtiendo un capital simbólico acumulado en los ámbitos artísticos y de crítica en la fuente de una nueva legitimidad dentro de un campo psicoanalítico renovado, como el introductor e intérprete de Lacan en la Argentina, legitimidad anclada en parte en la fundación de instituciones psicoanalíticas alternativas. Ya en 1969 Masotta se atrevía desde las páginas de la revista oficial de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (a la que desde luego no pertenecía, puesto que no era psicólogo), a enseñar a leer a Freud a Emilio Rodrigué, quien por ese entonces no solamente era el presidente de la APA, sino además el vicepresidente de la IPA, y quien, por otro lado, se vio obligado a responderle y a continuar un debate en varias revistas⁸.

Pero no fue sólo Masotta y una llegada vía la transición existencialismo-estructuralismo (sujeto-estructura, según palabras del propio Masotta) la única puerta por la que accedió el lacanismo en la Argentina. En 1964 Louis Althusser publicó su famoso artículo sobre Freud y Lacan, que habilitó una nueva lectura del psicoanálisis al cada vez más nutrido grupo de seguidores con los que ya contaba en América Latina. Es interesante rescatar un elemento, al menos, de la lectura que Althusser propuso de Lacan: «Allí donde una lectura superficial u orientada de Freud no veía más que la infancia feliz y sin leyes, el

⁷ S. Visacovsky, «Origin stories, invention of genealogies and the early diffusion of Lacanian psychoanalysis in Argentina and Spain (1960-1980)», en *The Transnational Unconscious: Essays in Psychoanalysis and Transnationalism*, Joy Damousi & Mariano Plotkin (eds.), London, Palgrave, en prensa (2008).

⁸ O. Masotta, «Leer a Freud», *Revista Argentina de Psicología* 1 (1969).

paraíso de la perversidad polimorfa, [...] Lacan ve la eficacia del Orden, de la Ley, que acecha desde antes de su nacimiento a todo hombrecito por nacer, y se apodera de él desde su primer grito para asignarle su lugar, y su rol, por consiguiente su destinación forzada.»⁹ Es en parte desde esta lectura estructural-determinista, donde los lacanianos que participaron en el debate se opusieron a Plataforma y Documento, cercanos al peronismo radicalizado y a los grupos armados que propugnaban por la lucha revolucionaria. Desde dos posiciones distintas, por ejemplo, Germán García (colaborador próximo de Masotta) y Roberto Harari (desvinculado con estos dos) formulaban críticas similares: el psicoanálisis debía desvincularse de la política y las ideologías, puesto que su carácter revolucionario estaba dado por su objeto irreductible: el inconsciente, más allá e independientemente de las formas que pudiera adquirir la práctica profesional. García exhortaba a los «plataformistas» a «no ahogar en la declamación política –ni en la práctica– ese otro ámbito de la revolución psicoanalítica: el análisis del deseo.»¹⁰

Por lo tanto, en la coyuntura altamente politizada de principios de la década de 1970, el lacanismo permitía recortar un área del discurso psicoanalítico (y de la práctica) con las siguientes características:

a) Ante todo, había construido un sistema de legitimación y validación alternativo, más inclusivo, que permitía el acceso no sólo de psicólogos, sino también de no profesionales, al mundo «psi». Estos sistemas permitían formar instituciones y, en algunos casos, sustituían y, en otros, posibilitaban la práctica de la clínica.

b) Este mecanismo de validación se basaba, en parte, en la utilización de un nuevo sistema de autoridades y sistemas de citas: García señalaría tiempo más tarde, al referirse al artículo en el que Oscar Masotta contestaba a Rodrigué, que poco podía hacer éste último frente al ejército de autoridades en el que el primero pretendía sustentar sus argumentos. En efecto, Masotta se las arreglaba para comenzar su nota diciendo: «Es Althusser –quien lee a Marx no sin haber leído a Lacan– el que nos sugiere el sentido y el alcance de la tarea: leer a Freud»¹¹. Cuatro autoridades (y lecturas) en una oración no es poco...

⁹ L. Althusser, *Freud y Lacan*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005 [1964].

¹⁰ G. García, «Cuestionamos: las aventuras del bien social», *Los Libros* 3: 25 (marzo de 1972).

¹¹ O. Masotta, «Leer a Freud», en: *Introducción a la lectura de Jaques Lacan*, Buenos Aires, Corregidor, 1988 [1969].

c) Este sistema rescataba la autonomía, especificidad e irreductibilidad del saber psicoanalítico frente a un mundo cultural y un campo intelectual cada vez más subordinado a la lógica de la acción política. Mientras desde la revista *Latinoamericana* se insistía en que en los momentos presentes (1973) «la literatura no puede –no debe– estar separada de la política...; más aún debe estar subordinada a ella,»¹² desde la revista *Literal*, dirigida por Germán García, se exhortaba (tal el título del primer artículo publicado allí) a «no matar la palabra, no dejarse matar por ella.»¹³

Los años pasaron, como en los cuentos. Años marcados por el horror, las torturas, las desapariciones forzadas y hasta una guerra perdida. Durante esos años de plomo, los psicoanalistas y el psicoanálisis en general no fueron ni más ni menos perseguidos que otras profesiones (más allá de los brotes discursivos de algún militar reaccionario hasta el límite de la ridiculez), ni los psicoanalistas resistieron a la dictadura establecida en 1976 más o menos que otros. Dicho en otros términos: no existió nada semejante a una «resistencia psicoanalítica». Algunos tuvieron que exilarse; unos pocos desaparecieron (en todo caso, la «causa» de su desaparición estuvo vinculada a su militancia política previa, y no al hecho de ser psicoanalistas); algunos se vincularon fuertemente a los organismos nacientes de derechos humanos; no faltaron quienes, por acción o por pasividad, colaboraron con el régimen. Pero la gran mayoría de los psicoanalistas siguió trabajando sin sobresaltos mayores de los que sufría toda la población, dadas las circunstancias. Cuando la democracia fue finalmente reestablecida, el campo psicoanalítico se había transformado profundamente. La corriente lacaniana pasó a ser hegemónica; podríamos afirmar que pasó a constituir un verdadero *establishment* psicoanalítico por fuera de la IPA, aunque con acercamientos a la misma, tales como lo atestiguan la entrevista de Jacques-Alain Miller con Horacio Etchegoyen¹⁴, los vínculos entre programas como los de la Fundación Descartes, dirigida por Germán García, y la APA, así como también los cada vez más frecuentes paneles

¹² Respuesta de Nora Dottori a un cuestionario dirigido a críticos literarios por la revista *Latinoamericana* (junio de 1973).

¹³ «No matar la palabra, no dejarse matar por ella», *Literal*, 1 (noviembre de 1973).

¹⁴ Entrevista a J-A Miller y H. Etchegoyen (Buenos Aires), *Vertex. Revista Argentina de Psiquiatría*, VII: 26 (febrero de 1997). Etchegoyen fue el primer presidente latinoamericano de la IPA en 1993.

y mesas redondas en los que las principales figuras de uno y otro sector del campo psicoanalítico comparten el espacio, entre otros.

Frente a un campo «psi» consolidado alrededor de una sola institución considerada legítima en las décadas de 1950 y 1960 (la APA), los años 1980 y 1990 mostrarán legitimidades fragmentadas y contestadas entre diversas sectas y grupos psicoanalíticos la mayoría de los cuales, empero, se identificaban por su lealtad al lacanismo «auténtico» definido de manera diferente por cada uno de ellos. Pero queremos destacar algunas cuestiones, deteniéndonos particularmente en el «momento 2001» de la crisis política y económica, por considerarlo de alguna manera paradigmático.

La crisis tuvo un profundo impacto sobre el mundo «psi», por dos motivos: en primer lugar, por razones económicas, derivadas de la obvia constatación de que un tratamiento psicoanalítico quedaba fuera del alcance de la gran mayoría de quienes habían formado parte, en períodos menos dramáticos, de su clientela habitual; y, en segundo lugar, por la situación misma de crisis. Si consideramos, siguiendo al antropólogo mexicano Claudio Lomnitz, que «crisis» implica un quiebre en la temporalidad que separa el presente del pasado, introduciendo incertidumbres respecto del futuro e impidiendo, incluso, la formulación de imágenes de un futuro deseable (lo que Lomnitz llama «saturación del presente»)¹⁵, entonces las condiciones de posibilidad de terapias largas de tipo psicoanalítico pudieron verse seriamente afectadas, incluso por el lugar crucial que la temporalidad (que articula pasado, presente y futuro) tiene en ellas. En la urgencia del presente, pocos se veían posibilitados para bucear en un pasado remoto las condiciones para una curación que tendría lugar en un futuro también remoto, pero que se actualizaban (las condiciones) en el día a día de las sesiones. En términos generales, se podría decir que la imposibilidad de proyección hacia el futuro estaría, tal vez, encarnada mejor que en ningún otro ejemplo en el grito de «que se vayan todos», que se escuchaba en las calles de Buenos Aires durante la crisis de 2001-2002, y que luego se repetiría en otros países. Frente a esta nueva situación, que limitaba drásticamente su capacidad de acción y por lo tanto sus ingresos, algunos profesionales se vieron forzados a ofrecer sus servicios en los «mercados de trueque» que proliferaron por la ciudad en esos meses duros. Pero si el psicoanálisis como terapia entró en un período de

¹⁵C. Lomnitz-Adler, «Times of Crisis: Historicity, Sacrifice, and the Spectacle of Debauch in Mexico City», *Public Culture* 15: 1, (2003), p. 127-147.

declinación del que probablemente no se recuperó hasta el presente, en tanto discurso explicativo de la realidad, sobre todo en sus versiones más vulgarizadas, siguió ocupando un lugar central.

Pero, en realidad, lo que se manifestó en la crisis fue el surgimiento de los psicoanalistas como intelectuales demandados (y ofertados) para hablar de la misma, frente al debilitamiento de la legitimidad de otros saberes y discursos (especialmente el de la economía y las ciencias sociales en general), que aparecían como sensiblemente desacreditados, toda vez que una parte de la opinión pública les adjudicaba a los portadores de esos saberes o bien una importante cuota de responsabilidad por el desencadenamiento de la crisis, o bien una incapacidad para dar cuenta de la misma. Los psicoanalistas entrevistados o nombrados como autoridad pertenecían a casi todas las tendencias activas en la Argentina aunque con una clara predominancia de aquellos de orientación lacaniana. Lo primero que se nota en las intervenciones de estos últimos es un cierto estilo común basado en la profusión de un conjunto heterogéneo de citas de autores entre los cuáles ocupan un lugar privilegiado, como podría esperarse, Freud y Lacan. La palabra del psicoanalista parece sólo poder legitimarse en un sistema de autoridades previas que «nos enseñan», «nos muestran» y «nos demuestran». Así, por ejemplo, Isidoro Vegh, cofundador de la Escuela Freudiana y autor de varios libros de la especialidad, en un artículo aparecido en *La Nación*, citaba a Freud once veces, a Lacan dos y a Adler una vez. Pero su sistema de autoridades también incluía a autores canónicos y menos canónicos del catolicismo, tales como Nicolás de Cusa, San Agustín (dos veces), y Paul Claudel, y otros como William Blake¹⁶. Germán García, por su parte, en una nota publicada en el suplemento de psicología de *Página/12* en enero de 2002, prefería basar sus argumentos en los de Freud (cuatro veces), Lacan (tres veces), Hegel (dos veces), Claude Lévi-Strauss, Jean Pierre Dupuy, Rene Girard, John K. Galbraith (dos veces), Hans Seyle (2 veces) y Albert Hirschmann¹⁷. Entre algunos psicoanalistas de orientación lacaniana, el filósofo Baruch Spinoza parece haberse convertido en una referencia básica (como ya lo había sido para el propio Lacan, desde una lectura sin duda menos pedestre), a veces aparentemente leído de primera mano, y otras (la mayoría) a través de comentaristas de segunda mano. En algún caso (como en el

¹⁶ I. Vegh, «Sólo los dictadores le temen a Freud», *La Nación*, 15 de octubre de 2005.

¹⁷ G. García, «La carencia se cita con el exceso», *Página/12* (Psicología), 31 de enero de 2002.

artículo que lleva el anacrónico título de «El cacerolazo según Baruch de Spinoza») se lo intentó convertir en un precursor de la Revolución Francesa y de los movimientos democráticos modernos, en la medida que habría aludido a la democracia basada en la libertad, la igualdad y la solidaridad¹⁸.

Otra respuesta a la crisis ofrecida por algunos psicoanalistas lacanianos consistió en generalizar categorías originadas en el psicoanálisis para describir situaciones sociales y políticas. Sergio Rodríguez (director de la revista *Psyché* y luego inspirador de la revista *Psyché-Navegante*¹⁹, por ejemplo, sostenía que «los psicoanalistas podemos decir algunas cosas sobre [la crisis], en tanto leamos los cambios de discurso que la soportan.» Esta lectura sería importante para la elaboración de imaginarios alternativos. Más adelante, en el mismo texto, Rodríguez, luego de recordar que para Lacan «un significante es lo que representa a un sujeto para otro significante», nos presenta su elaboración del matema de la corrupción²⁰. Mientras tanto, para la psicóloga Lucía Martinto de Paschero, por ejemplo, el corrupto Estado argentino sufría de una patología superyoica. Así como existen individuos que nunca se sienten culpables aunque cometan actos deleznable, la situación actual, nos dice de Paschero, nos fuerza a extender estos conceptos al espacio del Estado, donde la corrupción se ha instalado.²¹ Para Diego Moreira (psicoanalista y docente de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales), por otro lado, la corrupción estaría vinculada «martinezestradianamente» al nacimiento mismo de la Argentina, y para comprenderlo hay que recurrir a la etimología del nombre de nuestra patria, que remite a «plata». Desde los conquistadores, se aplica

¹⁸ E. Carpintero, «El cacerolazo, según Baruch de Spinoza», *Página/12* (Psicología), 21 de febrero de 2002.

¹⁹ Esta revista forma parte de una constelación de publicaciones psicoanalíticas independientes de instituciones que expresan su intención de abrir el diálogo con otras formas de conocimiento. Sin embargo, desde su misma acta constitucional se puede apreciar el uso que se hace de jerga lacaniana que es hermética para quien no participa de ese universo simbólico. Ver http://www.psyche-navegante.com/_2004/Numeros/Acta_constitucional.htm

²⁰ S. Rodríguez, «Si yo no acepto ser corrupto, habrá otro que lo aceptará», *Página/12*, 18 de Julio de 2002.

²¹ L. Martinto de Paschero, «Situación actual», *Actualidad Psicológica*, 27: 296 (abril 2002).

una lógica de rapiña y especulación que se ha mantenido constante, nos dice el psicoanalista, a lo largo de los siglos.²²

Lo que reveló esta coyuntura crítica fue, además, una fuerte crisis –no siempre reconocida– dentro mismo del campo psi, y esto pudo advertirse en dos aspectos. En primer término, frente a la modestia que, por ejemplo, habían mostrado los psicoanalistas de los años 1970 que ofrecían su práctica y, en cambio, estaban ávidos de teorías sociológicas, antropológicas o políticas con las que complementar su arsenal analítico, los del 2001 se autoatribuyeron (y se les atribuyó) una capacidad interpretativa que los ponía en el lugar de profetas e intérpretes privilegiados de la coyuntura. Y, sin embargo, pareciera (a juzgar por las intervenciones) que el psicoanálisis del cual eran portadores tenía poco para ofrecer, aparte de gestos fuertemente ritualizados que se producían dentro de un discurso hermético donde no se distinguían, por lo general, los saberes específicos de las intervenciones más generales. La mayoría de las intervenciones se agotaban en lo gestual, privilegiando la forma sobre el contenido, cuya pobreza ocultaba mal, en la mayoría de los casos, la utilización de un lenguaje críptico cargado de citas, lo que terminó constituyendo un verdadero «estilo» más fácil de reproducir que de entender. En realidad, lo que se pudo observar es que era la condición de psicoanalista en tanto tal la que los habilitaba socialmente a intervenir en una coyuntura crítica, más que la riqueza del saber del cual se declaraban poseedores e intérpretes privilegiados, en un momento en que el diálogo entre el psicoanálisis y otras formas de conocimiento parecía estar ocluido.

Esto último puede ilustrarse con las intervenciones públicas sobre la crisis de dos figuras prestigiosas del campo psicoanalítico (lacaniano) argentino posicionadas, sin embargo, en lo que podría caracterizarse como dos extremos de un continuo definido por el lugar que se le asignaba al saber y discurso psicoanalítico: el ya mencionado García y Silvia Bleichmar. Mientras García distinguía explícitamente el saber psicoanalítico de otras formas de conocimiento social estableciendo los límites del primero para dar cuenta de la crisis, Bleichmar parecía no poder o querer establecer ningún tipo de distinción. En ningún caso, sin embargo, parecía dejarse abierta la posibilidad de un diálogo fructífero entre estas formas de saber. García (presentado por *La Nación* como «destacado psicoanalista argentino») sentenciaba que «No es bueno

²² D. Moreira, «La cacerola es más que una “frágil vasija”»; *Página/12* (Psicología), 7 de febrero de 2002.

que un psicoanalista se ponga a decir demasiadas cosas genéricas sobre situaciones colectivas»²³. Interpelado como psicoanalista, García reivindicaba implícitamente su posición como intelectual, dejando claro que no es mucho lo que tenía para decir desde el psicoanálisis, pero sí como intelectual comprometido²⁴. García diferenciaba entre el lugar del «intelectual» y el del «experto», y se ubicaba a sí mismo en el cruce de estas dos posiciones, pero distinguiendo en qué momento habla desde una u otra. García trazaba un límite entre psicoanálisis y ciencias sociales, lo individual y lo colectivo: «Hoy existe un desarrollo autónomo del tema de la angustia colectiva a través del concepto de pánico, no en el sentido psicológico del ataque de pánico, sino en el sociológico, el del pánico colectivo.» Hablando del dinero, mencionaba las contribuciones del psicoanálisis al respecto, pero en este sentido prefería citar al economista John Kenneth Galbraith. García sostenía en esta entrevista su autoridad para hablar de lo social, pero no necesariamente desde su lugar como analista. En una nota publicada en el suplemento de psicología de *Página/12* en enero del 2002, el psicoanalista ya había establecido estas distinciones. Hablando en esa oportunidad desde el psicoanálisis recordaba, sin embargo, que los psicoanalistas no utilizaban la teoría de las identificaciones de Freud, y tenían en cambio una tendencia a caer en «la falacia de lo colectivo», es decir, en hacer generalizaciones colectivas a partir de casos particulares. Al hacer esto, García no solamente marcaba distancias respecto de «los psicoanalistas», sino que además señalaba uno de los límites si no de la teoría freudiana, al menos de su utilización entre los psicoanalistas locales.

Ubicada en el otro extremo, Silvia Bleichmar no dudaba en hacer públicas sus reflexiones sobre la coyuntura social en medios como *La Nación*, *Clarín* y *Página/12*, apareciendo su opinión no sólo en secciones especializadas, sino frecuentemente como columnista des-

²³ G. García, «Hay impotencia, no incertidumbre», *La Nación* (Enfoques), 17 de febrero de 2002. En el texto de *La Nación* es presentado como «escritor y psicoanalista».

²⁴ Michel Sauval, director de la revista *Acheronte*, sin embargo, critica a García por su supuesto reduccionismo psicologista. Lo que queremos enfatizar aquí no es la utilización o no por parte de García de lenguaje psicoanalítico, sino el hecho que deja claro que lo que autoriza su intervención no es su posición de psicoanalista sino su lugar intelectual. Ver M. Sauval, «El corralito psicoanalítico» en <http://www.sauval.com/articulos/corralito.htm>. García también fue criticado por Sauval y por Paola Valderrama (vinculada al Partido Obrero) por las conclusiones políticas que se podrían derivar de sus puntos de vista. Ver P. Valderrama, «Cuando el psicoanálisis embocece. Respuesta a Germán García» en *Psicomundo*: <http://www.psicomundo.com/argentina/asamblea/comentarios/gg.htm>

tacada en editoriales. En el 2002 publicó el libro *Dolor País*²⁵, donde reunía varios de los artículos escritos, precisamente, para los medios desde mediados del 2001. En esta obra, Bleichmar no se interesaba por delimitar sus campos de competencia, ni en justificar por qué una psicoanalista tendría algo relevante para decir desde el psicoanálisis respecto a lo colectivo. Aún más: Bleichmar no consideraba necesario aclararle al lector (ni siquiera al lector experto) cuándo escribía como psicoanalista y cuándo no; Bleichmar acudía asiduamente tanto a las conceptualizaciones psicoanalíticas (sin aclarar si se trataba de usos debidos o razonamientos analógicos) como a un lenguaje más cercano al de las ciencias sociales. Ella prefería presentarse como «intelectual», situada dentro de un espacio generacional definido por las luchas políticas de los años sesenta y setenta, generación, según esta autora, avergonzada por la derrota de su utopía y lanzada «a un duelo patológico»²⁶. Frente a la coyuntura, Bleichmar llamaba a su generación de intelectuales a recuperar sus raíces, a no perder «su legado histórico», único modo de impedir que la sociedad quedase librada a enfrentar a «los oportunistas del momento»²⁷. Al mismo tiempo, elaboraba una crítica a aquellos intelectuales que habían celebrado la pérdida de la ilusión utópica, comparándolos con quienes optaban por no correr el riesgo de enamorarse para no sufrir²⁸. Los intelectuales tendrían por misión evitar que lo que Bleichmar llamaba, inspirándose en Herbert Marcuse, «malestar sobrante», devorase el pensamiento al punto de impedir que se formularan preguntas nuevas y creativas sobre la sociedad y la historia. En suma, Bleichmar construía para sí, y de manera explícita, una identidad de intelectual, e incluso podía trazar su genealogía; se abocaba a la tarea de reflexionar sobre la coyuntura socio-política apelando a una profusa gama de referencias provenientes de la filosofía y las humanidades. Pero, singularmente, no dudaba en llevar a cabo interpretaciones psicoanalíticas de la coyuntura basándose en un lenguaje especializado, con lo cual desplazaba tanto el problema de su pertinencia para el tratamiento de los fenómenos colectivos, como el de las condiciones y posibilidades de conversión del psicoanalista en un participante legítimo del campo intelectual.

²⁵ S. Bleichmar, *Dolor País*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2002.

²⁶ Bleichmar, *op. cit.*, pp. 33-34.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ Bleichmar, *op. cit.*, p. 35.

* * *

La crisis del 2001 se convirtió tanto en un tema pertinente para ser tratado en y desde el interior del campo «psi», como en un área legítima de intervención pública desde el psicoanálisis. Sin embargo, a diferencia de ocasiones anteriores, las intervenciones de los psicoanalistas durante la última crisis no parecen haber posibilitado un diálogo fructífero con otras formas de saber, ni la generación de un discurso que problematizase la adecuación entre esta forma específica de saber y el objeto al cual se refiere. Pareciera que los discursos sobre la crisis formulados desde el psicoanálisis en raras oportunidades han sido capaces de sobrevivir a su mera formulación. Ya vimos que a lo largo de las décadas de 1960 y 1970 hubo diversas instancias de participación que, en muchos casos, fructificaron en enriquecedores diálogos entre el psicoanálisis y las ciencias sociales. Se trataba de un saber que se cruzaba con otros saberes, en búsqueda de herramientas que completaran lo que era percibido como sus puntos ciegos. Así, el psicoanálisis se sumaba a otros saberes en la conformación de una posición intelectual que era fruto de dicho entrecruzamiento; y la propia práctica analítica podía verse favorecida al ver incluidos los problemas sobre la salud y la enfermedad mental en contextos más amplios. Hacia los años 1960, el psicoanálisis estaba en plena expansión en la Argentina y, en parte, esta expansión se explicaba porque se encontraba en la encrucijada de una serie de procesos que definían un complejo movimiento de cambio social y cultural. Con el surgimiento de los primeros grupos lacanianos, apareció una nueva figura: la del psicoanalista no ligado ni a círculos médicos ni a la profesión de psicólogo. Muchos de los nuevos psicoanalistas provenían de la literatura y la filosofía, y esto introdujo nuevos elementos en el diálogo entre psicoanalistas y otros intelectuales.

¿Y qué sucedía cuarenta años después? En primer lugar, pareciera haber ocurrido un desplazamiento. El lugar que anteriormente ocupaba el psicoanálisis ahora parecía haber sido ocupado por el psicoanalista en tanto poseedor no sólo de un saber específico, sino, también, en tanto ocupante de un prestigioso lugar social particular. O, dicho de otro modo: el psicoanálisis ya no era identificado (o no lo era tanto) con una teoría capaz de nutrir, entre otras, las reflexiones sobre la vida humana individual y colectiva, sino con la figura misma del psicoanalista. En la última crisis, las intervenciones públicas de los psicoanalistas parecían estar validadas menos en lo que el psicoanálisis podía llegar a aportar para la comprensión y diagnóstico de la coyuntura, que en el capital simbólico acumulado por los psicoanalistas en tanto tales. No

era su saber, sino su posición cua-psicoanalistas lo que autorizaba sus intervenciones. Pero por otro lado, lo que la crisis general del 2001-2003 parecía haber puesto en evidencia a través de las intervenciones de los psicoanalistas era un estado particular del campo, cruzado de tensiones percibida por algunos como crítica, y del cual el tipo de textos que analizamos aquí parecieran constituir un emergente.

Finalmente, a través de sus reflexiones psicoanalíticas sobre la crisis lo que los psicoanalistas develaron públicamente estaba menos vinculado, probablemente, a los enigmas sobre las causas de los males argentinos, y mucho más a las maneras en que construían o fundaban su autoridad, y en sus modos de distinguir estilos y tradiciones psicoanalíticas.